

## AGRESOR

### **El agresor sistemático, o persistente, como un adicto a la violencia:**

Una característica definitoria de las conductas adictivas es que pretenden el logro de una gratificación a corto plazo a expensas de una consecuencia negativa o daño que surgirá a largo plazo. Generalmente el sujeto es bastante consciente de esas consecuencias perjudiciales, y en ocasiones pretende controlar o eliminar esa conducta; sin embargo, una y otra vez ésta vuelve a presentarse, según Miller y Rollnick, 1991. De ahí que pueda decirse que las conductas adictivas suponen condiciones de recaída crónicas, Marlatt y Gordon, 1985. De la misma opinión es Donovan 1988, citado en Grana, 1994, quien considera una adicción como una pauta de conducta compleja que se caracteriza por una serie de componentes biológicos, psicológicos, sociológicos y conductuales. Subraya que lo que subyace a este tipo de conductas es la compulsión subjetiva a continuar realizándola, así como una disminución de la capacidad personal para controlarla, a pesar de que sus efectos son muy perjudiciales, y de que existen fuentes alternativas de reforzamiento positivo.

Hodge, 1992, ha presentado esta idea de la violencia como adicción para ser aplicada a la psicopatía. Uno de los puntos fundamentales de su tesis descansa en el hecho de que la investigación reciente acerca del desorden de estrés post traumático, ha revelado que suele producirse, en los sujetos que experimentan esta patología, un incremento notable de la violencia. Se dice a propósito de este trastorno: Después de experimentar el estrés, muchos de estos pacientes desarrollan síntomas de excesiva agitación vegetativa, tales como estado de hiper-alerta, exagerada respuesta de alarma y dificultades para dormir. Pueden presentarse también pesadillas recurrentes durante las que se reviven los acontecimientos traumáticos. Y también: Existe una irritabilidad aumentada que puede asociarse a explosiones esporádicas e impredecibles de conducta agresiva bajo la presión de provocaciones mínimas o incluso sin ellas. Puede presentarse también una conducta impulsiva del tipo de viajes repentinos, ausencias inexplicadas o cambios del tipo de vida o residencia.

¿De qué forma se produce el mantenimiento de la violencia, e incluso su exacerbación, a lo largo del crecimiento del sujeto psicópata? En la teoría de Hodge, 1992, se trata de un proceso de adicción.

En apoyo indirecto de esta hipótesis, los desarrollos teóricos recientes acerca de la adicción enfatizan el papel motivador de determinados estados de emoción subjetivos, en lugar de los procesos bioquímicos o fisiológicos. Hodge cita a Peele, 1985, quien ha sugerido que el elemento nuclear para determinar si una conducta es adictiva no es una sustancia adicta, sino más bien una experiencia subjetiva que es buscada reiteradamente por el individuo, por las recaídas, mucho tiempo después de la última ingesta, y por las adicciones a actividades tales como el juego o el ejercicio, Brown, 1991, ha desarrollado una teoría similar a la de Peele, pero con un énfasis mayor en los componentes cognitivos.

Esta percepción de la adicción se ejemplifica bien en el siguiente ejemplo, Pitchers, 1993.

Afirma el autor que comenzó empleando lo que había aprendido en el programa. Funcionó muy bien durante un tiempo, en el que se mantuvo sin ningún problema. Al comienzo se sintió bien. La gente lo trataba de modo diferente. Aunque se sentía bien, era algo que requería mucho trabajo. Hasta que llegó un momento en que se sintió cansado de todo ese esfuerzo. El tratar de ir por el buen camino empezaba a deprimirlo, así que se encontró un día pensando como en los viejos tiempos, lo divertidos que era. En cambio, su vida ahora era pesada y aburrida. Al pensar como antes tenía la sensación de volver a casa, lo mismo que, después de un viaje, le gusta sentarse en su lugar favorito y se encuentra a gusto de nuevo. Así pues, pensar como en los viejos tiempos, era como regresar a casa después de un largo viaje, es como una bocanada de aire fresco.

Este relato hecho por un delincuente sexual que reincidió después de un tiempo ilustra claramente que pensar de modo habitual, es decir, en este caso de modo criminógeno, puede ser una fuente de satisfacción que recuerda el placer suscitado por una conducta adictiva. La adicción a la violencia, aquí, constituye tanto un modo de pensar como de sentir, como se refleja en este texto, donde el sentimiento de bienestar es gráficamente relacionado con el descanso feliz de la vuelta a casa, elementos causales de un patrón concreto, antisocial de comportamiento.

Hodge 1991, mantiene la tesis que un proceso adictivo juega un papel de primer orden en la conducta criminal, incluyendo el asesinato en serie y la delincuencia sexual. El elemento común es que el delito es cometido para alcanzar un estado de experiencias en serie, o bien, experiencial, antes que por los motivos más usuales de ganancia financiera o la venganza. Aunque hasta ahora la evidencia apoyando esta idea todavía es escasa, especialmente para delitos no violentos, un reciente trabajo con asesinos múltiples y sexuales confirma que estas personas muestran conductas y fantasías características del proceso adictivo, Hodge, 1992. Los trabajos de McCulloch, Snowden, Wood y Mills, 1983, también destacan el papel de las fantasías masturbadoras como elementos mantenedores e incitadores de los delitos sexuales en violadores sádicos; y Pitchers 1990, ha aplicado el modelo de la prevención de la recaída de Marlatt, concebido para alcohólicos, para el tratamiento de los delincuentes sexuales.

¿Se puede hablar, entonces, de una adicción a la violencia? Diversos trabajos con veteranos de guerra del Vietnam padeciendo un DEPT apoyan la idea de que estos sujetos reviven sus recuerdos de combate con especial excitación, aunque también se pase miedo, así como que buscan situaciones de riesgo en mucha mayor medida que los grupos control.

Para concluir, entonces, la tesis central de Hodge es la causación de la psicopatía debido a una historia de sufrimiento de violencia, lo que a su vez generó síntomas propios del desorden de estrés post traumático, así como una adicción a la situaciones altas en adrenalina y violentas. Los veteranos de guerra con este desorden son, como los psicópatas, violentos, impulsivos, abusan del alcohol y las drogas y tienen una adaptación interpersonal muy deficiente. Sin embargo, como el propio autor reconoce, puede que haya otras rutas hacia la psicopatía, ajenas al desarrollo de un síndrome post traumático, especialmente para el caso de los psicópatas puros, es decir, sujetos con muy poca ansiedad que puntuarían muy alto en el factor I del PCL-R de Hare.

## **Psicópatas: agresores sistemáticos e implacables**

¿Son los psicópatas delincuentes cualitativamente diferentes del resto? Su conducta asusta porque es muchas veces inexplicable, sin beneficio aparente; desconcertante porque ofende las convenciones más básicas de la relación interpersonal. Cuando Ted Bundy, uno de los mayores psicópatas de este siglo, señalaba que, en el momento en que cometía cada violación, sentía que poseía a la víctima como uno podría poseer una maceta, un cuadro o un Porsche, parece ir más allá de los sentimientos que se conocen, precisamente porque revela una ausencia absoluta de los mismos. Es el desprecio definitivo y último a la víctima: ni siquiera se esgrime el odio ciego, detonado por un deseo de venganza provocado por una humillación, ya se ésta real o imaginaria. La víctima no existe como persona, es un mero objeto. En este sentido es en el que se dice que los psicópatas difieren de los delincuentes comunes.

Ahora bien, la tesis es que tales procesos de razonar y sentir no son sino el extremo de un continuo que ya opera en la generalidad de los delincuentes habituales. Estos, cuando agreden a alguien, amenazando su integridad física o psicológica, robándole sus pertenencias o invadiendo su morada, están, de facto, sometiendo a la víctima a una humillación, están empleando motivos que precisarán de racionalización exculpatoria, antes y después de la comisión del delito. La diferenciación entre unos y otros es un problema, al modo de ver del autor, problema de límites, de extensión, de frecuencia y profundidad en la intrusión en la vida de sus semejantes: solo unos pocos parecen poder acercarse al terreno de lo grotesco por la misma violencia que encierra, por el desprecio absoluto de toda ley, humana o divina. El delincuente común ha de pelear con sus escrúpulos, con su conciencia, aun cuando esa pelea haya perdido mucha de su virulencia inicial por la habitación de las transgresiones. El psicópata, en cambio, no puede acceder al mundo de los actos morales, de lo justo e injusto; sencillamente, porque no tiene el bagaje cognitivo y fundamentalmente emocional para hacerlo.

Un egocentrismo extremo, juntamente con una gran capacidad para hacer daño a otras personas, es un patrón que puede aparecer en personas muy creativas, que han pasado a la historia como genios. En estos casos el estilo de vida no es antisocial, pero sí muy perjudicial para la gente que le rodea. Aquí el arte, el objeto de esa creatividad extraordinaria, actúa quizás a modo de adicción, y pudiera ocurrir, solo a modo de hipótesis que la violencia destructiva hacia los demás fuese un componente secundario, un acicate inmerso en su todo poderoso proceso creador. El caso de Picasso puede ser revelador, Gardner, 1995.

### **La realidad criminológica:**

Picasso: una personalidad difícil

Otros individuos creativos pueden haber sido responsables de la muerte o infelicidad de un pequeño puñado de individuos; quienes permanecían relacionados con Picasso era probable que tuvieran un amargo destino. Esto era especialmente verdadero para las mujeres: cada vez más, Picasso se fue identificando con el mino tauro, que exigía que se le sacrificaran mujeres

en cuerpo y alma. Su primera mujer, Olga, se volvió loca y murió en 1955; su amante más despreocupada, Marie Thérèse, se ahorcó en 1977; su amante más intelectual, dora Marr, sufrió una crisis nerviosa; su nieto se suicidó bebiendo lejía concentrada cuando no se le permitió asistir al funeral de Picasso; su segunda mujer y viuda, Jacqueline, con quien se caso en 1961, se mato de un disparo la noche después de haber ultimado los detalles de una exposición de su colección personal de obras de Picasso. Mary Gedo llama a Picasso un adicto a la tragedia, manteniendo que se sentía atraído por mujeres frágiles y que permanecía en sus vidas hasta que ocurría la tragedia.

Pero también sufrieron a manos de Picasso sus amigos varones: Picasso fingió no conocer a Apollinaire cuando su principal promotor fue acusado injustamente de un crimen; rehusó manifestarse en apoyo de su amigo Max Jacob cuando el escritor que había conocido durante cuarenta años fue enviado a un campo de concentración; tenía aventuras con las mujeres y amantes de varios amigos, intrigó para acabar con la carrera de su joven compatriota Juan Gris.

## **El idiota moral**

En un ensayo de un filósofo español, Bilbeny, 1993, se califica al psicópata, homologado con el genocida, como un idiota moral. Su perversidad, dice él, no es buscada deliberadamente, ya que esto implicaría todavía el esfuerzo por vulnerar una conciencia, unos escrúpulos morales, sino que es el resultado directo de una incapacidad para sentir la vinculación moral con ser alguno de la sociedad.

Se está de acuerdo con esta tesis, con tal de que se haga dos precisiones. En primer lugar, no se trata de que el psicópata no puede contemplar intelectualmente el problema moral que suscita con su comportamiento, sino que, literalmente, éste es un asunto que le trae sin cuidado. La idiocia moral lo es, no por falta de empatía cognitiva, el psicópata sí puede comprender el punto de vista de las otras personas, sino por incapacidad de asumir que lo que le sucede al otro es algo importante para mí; se trataría, entonces, de una falta de empatía emocional. En cualquier caso, se entiende, que es una falta de empatía emocional. En cualquier caso, se entiende que el psicópata no recurra usualmente a ponerse en el punto de vista de las otras personas, siquiera en ese plano exclusivamente cognitivo, en cuanto significa una realidad compartida menos profunda, ya que ello supondría un ejercicio molesto para su estilo de vida egocéntrico.

Una segunda puntualización que sería importante introducir se refiere a los posibilidades psicológicas de esa continua usurpación de los derechos ajenos. Precisamente, la agresividad continua o sistemática, no necesariamente de índole delictivo precisa de estrategias cognitivas y emocionales que, taponen la humanidad de sus percepciones y de sus comportamientos. El hecho de que esa violencia no siempre es delictiva le confiere un cariz, si cabe, más aterrador, ya que impregna toda la vida del sujeto, conformando un estilo de vida, esto es, un proyecto de vida que se define por violar sistemáticamente el bienestar de los demás, más allá de que tales actos rutinarios quebranten o no la ley.

Aunque no se sepa si desde el nacimiento se hizo imposible esa vinculación moral con el resto de la especie humana, o si tal lazo se produjo, solo para caer rápidamente en desuso en el contexto de un ambiente favorable a ello, es bien cierto que estudiosos de la psicopatía como Samenow, 1984, Hare 1974, y más modernamente Walters, 1990, han insistido en que la agresividad persistente precisa de formas de pensar peculiares, de razonamientos que justifiquen dicha agresión y eviten el sentimiento desazonador de la culpa.

Puede observarse la interrelación clara entre aspectos cognitivos y afectivos, Hart 1997, resume las posibles razones que vinculan la psicopatía a la violencia. Primero se tendría los elementos cognitivos. Es posible que los psicópatas tengan mayor probabilidad que otros sujetos para generar pensamientos, fantasías, ideas, etc., antisociales, como sugerían los autores anteriores. Más específicamente, es posible que los psicópatas tengan unos patrones cognitivos que les fueren a percibir en la conducta de los demás elementos hostiles; o bien que presenten déficit cognitivos y atencionales que lleven a que evalúen los actos violentos como claramente re-forzantes. En relación al afecto, hay muchas pruebas que indican que tienen grandes dificultades para sentir emociones; su incapacidad de sentir miedo o culpa puede impedir la existencia de los frenos que los otros sujetos tienen antes de cometer un delito o una agresión. Junto a estos dos aspectos se halla el elemento para comportarse con impulsividad y la conducta antisocial.

Todo lo anterior conforma un conjunto peculiar de percibir la realidad y a uno mismo dentro de esa realidad. La agresividad persistente se mantiene, entonces, porque el psicópata no puede vivir sin ella, porque no ser agresivo en su estilo de vida exigiría de un sistema de pensamiento y de emociones que él no posee. Y porque el patrón de refuerzos que se obtiene actuando, mejor comportándose, pensando, sintiendo, haciendo, de esa forma le atrae de manera extraordinaria. El fin de la carrera delictiva de un agresor sistemático o persistente no significa que haya acabado su incapacidad de vivir de modo satisfactorio. En los casos de auténtica psicopatía un proceso de adaptación externo, aunque muy valioso para el conjunto de la sociedad, no puede ocultar el abismo que media hasta una vida socialmente competente.

## **¿Qué se puede hacer con el psicópata?**

Rober Hare, es profesor de Psicología en la Universidad de Simón Fraser, de Canadá. Es el autor más destacado en psicopatía de la actualidad, se rodeo de un grupo de colegas españoles en un seminario celebrado en Portugal en 1995. Lo acompañó Jorge Pérez, U. Pompeu Fabra, María Angeles Luengo, U. de Santiago de Compostela. Xavier Caseras, U. Autónoma de Barcelona, Robert Hare, Maite Carrillo, U. de Santiago de Compostela, Vicente Garrido coautor de la obra, y Rafael Torrubia, de la U. Autónoma de Barcelona.

Una de las revisiones más exhaustivas acerca del tratamiento de los psicópatas se encuentra en Esteban, Garrido y Molero 1997, quienes analizaron 26 estudios que aportaron suficientes datos cuantitativos para poder emplear la técnica de meta análisis. Para ser incluidos, los estudios tenían que evaluar la psicopatía mediante la escala de psicopatía del MMPI, el PCL de Hare o los criterios del trastorno antisocial de personalidad del DSM- IIIR. Muchas evaluaciones no consideraron realmente la psicopatía, sino el alcohol y las drogas asociados a un

diagnóstico de personalidad antisocial. En un primer meta análisis, los autores compararon la eficacia de las intervenciones con los psicópatas en estudios que incluían grupos de comparación diagnosticados con otros trastornos. En el meta análisis B, compararon los tratamientos de los psicópatas evaluando los datos antes de la intervención con los tomados después de la misma.

En el análisis A se observó que los psicópatas obtenían, tras el tratamiento, peores resultados que los otros grupos diagnósticos. Mientras que la diferencia en la comparación inmediata, nada más acabar el tratamiento, pre post fue baja, llegó hasta .25 en las medidas de seguimiento, y cuando se analizó la reincidencia, el criterio más exigente de éxito, el valor alcanzó .30. Las diferencias eran más acusadas cuando el grupo de psicópatas había sido seleccionado con el PCL. En el meta análisis B, sin embargo, se halló una eficacia media positiva de .20, que desafortunadamente desapareció del todo, valor .00, cuando se volvió a medir a los sujetos en el seguimiento. Fue una lástima, porque la evaluación post test realizada por pruebas psicológicas aún se mantuvo en un digno .19.

Se señala algunos de los factores que Lósel, 1998, recomienda para no perder la esperanza. Son, entre otros, los siguientes:

- a) Un énfasis en compensar los déficit en el procesamiento de la información y en la comprensión emocional;
- b) Proporcionar un servicio intensivo, que dure al menos un año;
- c) Un escenario de tratamiento claramente estructurado, y preferiblemente separado del resto de la prisión;
- d) Pero que al tiempo disponga de un clima sensible a las necesidades personales, constructivo y de apoyo;
- e) Seguir el principio de las necesidades desarrollado por Andrews y Bonta, 1994, según el cual han de tener prioridad como objetivos de la intervención las cogniciones, las emociones y las conductas antisociales del sujeto, además de la adicción al alcohol y las drogas y la asociación con grupos o personas que puedan reforzar un comportamiento desviado, entre otros;
- f) Empleando para ello programas multimodales de naturaleza cognitivo conductual, pero en todo caso adaptándolos a las necesidades de los sujetos; y
- g) Fortaleciendo los mecanismos de protección natural, esto es, aquellos factores que como una esposa firme y decidida a ayudar, o una relativa baja impulsividad en el sujeto, pueden suponer elementos de apoyo a la ardua tarea del programa de intervención, protegiéndolo de fracasar.

Considérese que los valores del meta análisis, aquí transformados en coeficientes de correlación de Pearson, son negativos, lo que implica una pérdida de efectividad a medida que aumentan dichos valores.

## Principios criminológicos derivados

- 1- La violencia se aprende, esencialmente, en la familia, sin perjuicio de las diferentes variables personales y ambientales que intervienen en la concreción final del acto violento. Todo lo que se haga para evitar que un niño observe modelos violentos en su hogar redundará en la prevención de la delincuencia violenta.
- 2- Un número muy importante de delitos violentos, especialmente los más graves, son responsabilidad de un pequeño número de sujetos, crónicamente violentos: si bien nuestra capacidad de predicción es solo moderada en los casos individuales, el conocimiento que se tiene de los factores que incitan a la actividad violenta cualifica ya para crear programas de prevención, especialmente de nivel secundario, es decir, afectando a los jóvenes que han mostrado una actividad antisocial precoz, repetida y violenta.
- 3- Es cierto que la predicción de la reincidencia en el caso de los delincuentes violentos no es perfecta, ni mucho menos. Pero tiene mucho sentido utilizar lo que se sabe para elaborar programas de seguimiento en la comunidad que disminuyan el riesgo de nuevos delitos. En particular, es importante determinar si se ha producido algún cambio significativo en los componentes psicológicos del individuo y en las circunstancias ambientales a las que regresará después de la estancia en reclusión.
- 4- La división entre sujetos sub controlados y sub-re controlados, de Megargee, hace recordar que la violencia es el producto final de interacciones peculiares entre una estructura psicológica y un ambiente percibido con el que el sujeto interactúa. Atender a los factores del entorno es imprescindible para comprender y predecir las acciones violentas.
- 5- Que tantos agresores y víctimas se conozcan previamente revela que el roce hace el cariño... pero también las disputas. Los poderes públicos deben tomar en cuenta este hecho en la determinación de una política criminal realista. El estereotipo del asesino extraño es solo una pequeña parte del delito violento; en la mayoría de los casos, la amenaza es más cercana.
- 6- Profundizar en la cognición del delincuente violento es una vía muy importante de la psicología criminal actual. Tanto en el caso de los psicópatas como en los delincuentes con un estilo de vida violento, no necesariamente psicópatas, la agresión repetida y la desconsideración del bienestar de los demás parece cobijar férreas distorsiones cognitivas y posibilitadas por modos peculiares de interpretar la realidad, patrones cognitivos criminales.
- 7- El alcohol y la violencia, de una forma u otra, se asocian con la criminalidad, y con el delito violento en particular. Gana cada vez más fuerza la idea de considerar la delincuencia y el abuso de sustancias como características de un síndrome de desviación general, asociado con un fracaso en el proceso de socialización y un estilo de vida parásito y egocéntrico. Quizás si se entiende al delincuente violento

persistente como un sujeto que organiza su vida de un modo peculiar, donde el trato a los demás revela su indulgencia hacia si mismo, la intervención educativa con él debe integrar al alcohol y las drogas como parte de esa organización.

- 8- No obstante lo anterior, existen otros modos claros en que el alcohol y las drogas ayudan a la generación de delitos violentos; desde su papel en los agresiones violentas hasta las riñas en lugares de ocio. Ello, junto a la intensificación del delito contra la propiedad, son razones más que suficientes para considerarlos factores de primer orden en todo programa contra la delincuencia violenta.